

Marta Santos

(Luanda, 1963)

Escritora infanto-juvenil nacida en Luanda. A los 15 años fue para Portugal, en donde decidió vivir y más tarde estudiar Derecho. Es miembro de la Unión de los Escritores Angoleños y de la Academia de Letras y Artes Luso-Suiza (ALALS). Ha publicado *Contos de Cá... Pedacos de Mim* (2011) y *Gita e Outros Contos* (2006) (en cuyo libro aparece el cuento presentado), entre otros.

LA NIÑA QUE QUERÍA SOÑAR

MAÑANA SOLEADA, UN DÍA IGUAL A LOS OTROS, NO VAYA a ser que algún bullicio rompa la monotonía del lugar. Se oían carcajadas de niños, mezcladas con el ruido de la caída de las aguas del río Cafa, que corría ahí cerca por entre las rocas y los bambús.

Envueltos en sus mentes inocentes, los niños, ajenos a todo, aprovechaban aquel final de mañana lleno de sol: unos se bañaban en las atractivas aguas que corrían puras y tibias, otros corrían alegres alrededor, jugando a la gallinita ciega, bajándose una y otra vez para agarrar uno u otro rubí, que se encontraba entre el cascajo del río.

Los adultos se apuraban a llenar los barriles con agua, sin esconder la preocupación en el semblante pesado. El tema principal de las conversaciones era la situación en la que el país se encontraba. El presente estaba lleno de incertidumbres, y en cuanto al futuro ni la más pequeña señal se vislumbraba. Conversaban y trabajaban rápido, sin descuidar a los pequeños que vigilaban de reojo.

Entre esas mentes límpidas estaba la de Sãozinha: diez años, esbelta, con ojos que reflejaban el alma. Huérfana a los dos años, herencia del egoísmo de hombres que tienen como pasatiempo prácticas de guerra. Hija de padre aldeano, hombre de pocos recursos y, además, analfabeto. Con mucho pesar, se vio obligado a renunciar a los hijos.

A Sãozinha, la más pequeña de cuatro hermanos, le tocó la suerte o desdicha de ir para la casa de una prima

que se había casado con un hombre más o menos adinerado. Suerte de madrastra: ya en el esplendor de sus seis añitos Sãozinha sintió la pesada carga de aquellos que nacen marcados por el cruel destino.

De noche, después de un día agotador, cuando se acostaba en el pequeño tapete, en el piso duro, sentía su diminuto cuerpecito muy cansado, por tanto transportar objetos pesados cual mula de carga, acompañados de bofetadas y empujones; esto cuando no tenía que ayudar a lavar ropa o en la limpieza de la casa. Sus oídos, esos, ya ni distinguían los sonidos, a causa de las malas palabras que oía durante todo el día. Entumecida, casi desfallecida, dormía sin sentir ni oír, como si fuera una muertita.

62 Cierta tarde en la que se le había permitido calzar unas pobres chancitas, ya tan desgastadas por el uso que el dueño les había dado, Sãozinha vio su pequeño y raquítico cuerpo ser cubierto por un vestido viejo, pero que al menos estaba limpio. No entendía nada, sus ojitos se sorprendían con los acontecimientos, pero ella no se permitía pensar. Con sorpresa, se vio con la familia dentro de la carretera en camino a quién sabe dónde. Más sorprendida quedó cuando después de tanto caminar, tal vez unas dos horas, frente a sus ojos apareció aquella casa bonita. Las personas eran bonitas, olía a flores y a comida. Y mejor: había niños de su edad y otros más pequeños.

—¡Anda, ven a jugar conmigo! ¿Cómo te llamas? ¿No hablas? ¿Quieres jugar con mi carrito? —preguntaba un pequeñito.

Sãozinha no escuchaba, sólo miraba. Nunca nadie se dirigía a ella a no ser para regañarla o golpearla. Con seguridad no era con ella que aquellos ángeles hablaban. Recordó por momentos... Sólo cuando vivía su madre alguien le había hablado así. Pero un día aquellos gritos cambiaron todo: “¡Tiros, tiros! Huyan”.

—¿Cómo te llamas? —seguía preguntando una niña con dos trencitas que le adornaban la bonita cara. En esa ocasión la niña no se dio por vencida y le jaló el vestido.

—¿Cómo te llamas? ¡Anda, ven a jugar!

Sãozinha sonrió, y en esta ocasión fue la niña la que abrió mucho los ojitos, de tan encantada que quedó.

Es conmigo que hablan, pensó Sãozinha. ¡Los angelitos hablan y es conmigo!

Con una voccecita muy tierna y bajita, respondió:

—¡Sãozinha!

—¡Es bonito! ¡Me gusta! —dijo la niña llena de seguridad, con una certidumbre que no dejaba dudas.

—¡Hazme caballito, yo soy un caballero! —un pequeñito le jalaba la mano.

—Estate quieto, Zezito. ¡Ella es una niña, no un caballo, y va a jugar a la casita conmigo, y con mis muñecas!

—¡Pero ella no tiene muñecas! ¿Ves? ¡No tiene nada en las manos!

La niña, siempre con aires de gente adulta, agarró dos bonitas muñecas y se las dio. ¡Sãozinha no lo podía creer! No podía dejar de mirar las muñecas. Nunca había tenido una, ahora tenía dos.

—Listo, Zezito, ahora Sãozinha tiene dos muñecas. Si quieres siéntate y juega con nosotras, ¡pero pórtate bien! Ven, Sãozinha, tú también siéntate. Vamos a jugar a la casita. ¿Por qué me miras así? Gisela y Mina ahora son tuyas, yo te las regalé, ¡puedes llevártelas cuando te vayas!

Apenas sonrió como respuesta, no sabía qué más decir. Se sentó a jugar con los dos pequeñitos. No quería pensar.

—¡Niños, a lavarse las manitas: la comida está lista! Rápido, Zezito. ¡Hoy vamos a ver quién gana! ¡El primero repite postre!

Esta voz pertenecía a un hombre con delantal blanco. Ya no era propiamente joven: sus cabellos alborotados comenzaban a cubrirse por una pequeña nube blanca.

—Éste es el tío Zé. Él hace la comida aquí en la casa, pero lo mejor de todo son los postres. ¡Anda, vamos, después te enseño mi cuarto!

Los dos pequeñitos se fueron corriendo para allá adentro. Ella se quedó parada en el mismo lugar, no sabía qué hacer: en casa comía siempre en el rincón en que se encontraba.

—Anda, pequeña, ¿no tienes hambre? Ya sé, te da vergüenza. Aquí toda la gente es buena. ¡Vas a ver, en poco tiempo esos huesitos estarán cubiertos de carne!

64 No entendía nada, pero tampoco se permitía pensar, por eso agarró la mano que el tío Zé le extendió y lo siguió. Allá estaban sus primos con aquellas bonitas personas. ¡Nunca había visto una mesa más grande, con tanta comida! ¡Y olía tan bien!

—Ven, hija, siéntate al lado de Lulu. ¿Ustedes ya se conocen, cierto?

—Estuvimos jugando a la casita allá en el patio. ¡Claro que nos conocemos, mamita!

Ahora lo sabía: aquella señora bonita con voz dulce era la mamá de los angelitos. Se atrevió a mirar a su prima que la atravesó con una mirada tan hostil, que la pobrecita se tropezó con el tío Zé que traía una charola de comida.

—¡Torpe! ¡Mira lo que estás haciendo! —le gritó la prima con odio.

—No te preocupes, no fue nada, la pequeña está asustada. Es normal. Siéntate, hija. ¡Después, cuando termines, conocerás mejor a todo al mundo y la casa!

Se sentó muy quieta en el lugar que le asignaron. No estaba acostumbrada a comer en la mesa, mucho

menos que le sirvieran aquella cantidad de comida y de refresco. ¿Será que soñaba? ¿Pero cómo? ¡Si ni siquiera se permitía soñar!

—¡Come, Sãozinha! Olvida el tenedor: ¡yo agarro la carne así con las manos, ve! ¡Apúrate a comer, cuanto más rápido termines, más rápido comes el postre, eso sí que es el cielo!

—¡No es el cielo, es pastel helado en salsa de chocolate!

La carcajada fue general. Aquellos angelitos hablaban y los grandes reían, no reprendían. ¡Eso era bueno! Sin darse cuenta, devoró toda la comida que le habían servido.

—Aquí está la sorpresa: primero para el vencedor: Zezito, felicidades, te comiste todo. Ahora, niñas: ¡no quiero ver nada en el plato!

—¡Pero eso sí, puedes pedir más!

Nunca había comido algo tan delicioso. Hasta tenía miedo de terminárselo, pero vio que sus nuevos amigos repitieron, y que otra porción fue servida en su plato. No se hizo del rogar y se comió todo, hasta la última migaja.

—Entonces, Sãozinha, ¿está o no está bueno el postre del tío Zé? —preguntaba Lulu con la boquita sucia de chocolate.

Asintió con la cabeza. La prima una vez más la fulminó con la mirada.

—¿No tienes boca? ¡Respóndele a Luluzinha!

—¡Sí, es muy bueno! —respondió llena de miedo. No quería que la prima se enojara y la golpeará. Se sentía tan bien ahí, sería una lástima arruinarlo todo.

—¿Nos podemos levantar de la mesa, mamita?

—Sí, hija, pero primero límpiame la boca. Vayan a mostrarle la casa a Sãozinha, ¿está bien?

—¿Yo también puedo, mamita? Zezito es el campeón, ¡Zezito va ganando!

—¡Sí, Zezito! ¡Entonces ve, hijito!

El día pasó y Sãozinha tenía muchos recuerdos para llevarse.

—¡Sãozinha, ven acá! ¡Rápido, niña!

Era la voz de la prima. De seguro había llegado la hora de regresar. Los adultos estaban reunidos en una sala, sentados en sofás.

—Acércate, hija. Entonces, ¿te gustó pasar el día aquí?

—¡Sí!

—¿Te gustaría quedarte aquí?

¿Quedarse? ¿Será que había escuchado bien?

—Mana, no necesitas preguntar nada. ¡Ya está todo resuelto! A ella no le tiene que gustar o no gustar, mana. ¡La cosa ya está decidida!

66 Era el primo el que respondía y, por su cara, no estaba de acuerdo con que la señora bonita le hablara así a ella. Comenzó a temblar. Ya sabía que más tarde vendría el castigo.

—Tranquilo, João, ¡quiero que sea Sãozinha la que responda! Hija, ¿te gustaría quedarte a vivir aquí para siempre?

No entendió, por eso se quedó callada, lo que oía no podía ser cierto, ¿vivir en aquella casa de gente bonita, jugar todos los días con los angelitos? No, con seguridad no había oído correctamente.

—No tengas miedo, aquí serás como mi hija. Tendrás que ir a la escuela, claro, pero sólo en un año. ¿No te agradaron Lulu y Zezito?

—Mana, nosotros nos tenemos que ir, ya es tarde. En cuanto a la niña, queda como ya lo habíamos decidido, no necesitas mandarla a la escuela, eso es un desperdicio. ¿En dónde se ha visto a una niñera estudiar? ¡Lo que tiene que hacer es cuidar a Zezito!

—Zezito no necesita una niñera y Sãozinha no tiene edad para trabajar, ella es sólo una niña, ¡apenas será un poco mayor que Lulu!

—Mana, ya tú sabrás, nosotros nos vamos, ¡todavía tenemos que andar mucho!

La despedida fue rápida. Sin darse cuenta, Sãozinha ya estaba en una habitación bonita con muchos muñecos y libros. Había dos camas con decoración colorida, igual a la de las cortinas de la ventana. ¡Estaba encantada! Por primera vez se permitía pensar. Nadie le gritaba, ni la empujaba. La trataban bien, le hablaban con cariño. ¿Será que estaba soñando? Soñar. Pensó en su nuevo descubrimiento. Sí, estoy soñando. Esto es un sueño. Se percató de la imagen de Cristo en un rinconcito, cerró los ojitos y por primera vez hizo una oración desde lo más profundo de su corazón. Pidió: “Dios mío, yo nunca te he pedido nada: ¡yo quiero soñar, permite que Sãozinha sueñe siempre, no me dejes despertar, Señor!”

—Sãozinha, ¿estás sorda? ¡Estoy hablando contigo! ¿Estás soñando despierta?

—¿Qué? ¿Soñar despierta? ¡Sí, todo es un sueño!

—No, no lo es, todo es de verdad. Pon aquí tu mano. ¿Ves? ¡Esta de aquí va a ser tu cama, vas a dormir aquí conmigo!

—¡Ah no! ¡Esa cama es mía, no puedes darla! ¿En dónde va a dormir Zezito? —lloriqueó el pequeñito.

—Tú sólo duermes aquí en el cuarto conmigo para no quedarme solita. Ahora estarás en otro cuarto o duermes en el sofá-cama. Siempre te gustó, ¿no? Ahora límpiate los ojitos: ¡los campeones no lloran!

—¡Viva! ¡Voy a dormir con los peluches! Lu, ¿puedo traer mi pelota para acá y el “calito chocón”?

Lulu hizo aquella expresión que la caracterizaba tan bien. Tardó algunos segundos que para el pobre Zezito parecieron siglos, y se dignó a responder al hermanito.

—Está bien, Zezito, pero nada de fútbol aquí adentro, porque rompes todo, ¡y además de eso me desconcentras! Ahora vete, ¡necesito explicarle todo a Sãozinha!

Sin esperar respuesta, Zezito jaló el dobladillo de su vestido, obligándola a agacharse y a recibir aquel beso pegajoso de paleta. ¡Fue la cosa más linda! Se llevó la mano al rostro en donde Zezito había depositado el beso, estaba pegajoso. Sin darse cuenta sonrió. Era un ángel, pensó.

Zezito ya iba a salir del cuarto con la prisa acostumbrada, siempre corriendo, cuando Luluzinha una vez más, desde la superioridad de sus cuatro añitos, preguntó:

—¿No se te está olvidando algo, Zezito?

68 El pequeño miró a la hermana sin entender. Ella se tocó el rostro con un dedito, entonces él comprendió.

—¡Oh, está bien, te doy un besito, pero a ti no te gusta cuando estoy pegajoso!

—No importa, hoy puede ser un beso pegajoso, pero después te vas a lavar la cara, ¿sí?

El cohetito humano salió disparado del cuarto, asintiendo con la cabeza.

La vida iba pasando. De aquella niña que llegó ahí tan raquítica y triste ya no quedaba nada. Sãozinha había embarnecido, estaba bonita. Ahora en sus ojitos se podía percibir un brillo de vida. Había que escucharla carcajearse por las esquinas de la casa con sus nuevos hermanos. Había perdido aquella timidez, ahora era una niña alegre y feliz, el amor que recibió había hecho el milagro.

Ahora, pasados cuatro años, nuevos vientos amenazaban el futuro de la pequeñita y de sus nuevos familiares, ahí en aquella tierra en donde se encontraban para pasar las vacaciones.

—¡Niños, basta de baño por hoy, suban al jeep!

En coro, los niños respondieron:

—¡Un poco más, sólo un poquito, por favor!

—Está bien, cinco minutos más. El sol ya está muy fuerte, ¡y allá en casa la comida ya debe estar casi lista!

Los carros avanzaban en fila india. No era seguro en aquellos tiempos circular solos, las personas tomaban sus precauciones. Cierta noche la situación era alarmante, las noticias no eran muy buenas: a pocos kilómetros de ahí hubo disturbios, los movimientos de liberación no se entendían, y eso ocasionaba la mayor parte de las veces muchas bajas de ambos lados; las balas perdidas arrebatában vidas inocentes entre la población.

Decidieron abandonar Luanda Norte y llevar a los niños para Malange y de allá quizás irían para la capital, en donde también tenían una casa.

69 Durante el ajetreo y el bullicio, Sãozinha se refugió en un rincón: estaba triste, no entendía nada, pasó frente a los mayores intentando no ser vista. Iba para el patio para pensar en todo aquello.

—Sãozinha, ¿a dónde vas? Ven aquí, necesitamos que tú y Lulu ayuden a alzar sus cosas.

—¡Voy a soñar!

—¡Soñar a esta hora! ¡Niña, ven acá!

—Voy a sonarme la nariz, ¡ahorita regreso!

Y bajito repitió sólo para ella: “No me voy a sonar la nariz, voy a soñar. ¡Señor, permite que Sãozinha continúe soñando!”.

Traducción de Mirian A. Paredes Tavera ❀